

# La enseñanza de la escritura

Juan Manuel Campos Benítez

## Introducción

Uno de los problemas recurrentes de la enseñanza en el nivel universitario es el problema de cómo enseñar a escribir un buen “trabajo”. Le llamamos así a un requerimiento por parte del profesor al alumno: queremos que escriba acerca de alguno de los temas que hemos trabajado en clase. De hecho esto constituye uno de los elementos básicos de la evaluación del semestre, pues es, muchas veces, el requisito para acreditar una materia. En este ensayo quiero ofrecer algunas reflexiones sobre este hecho de nuestro quehacer cotidiano como profesores y, al mismo tiempo, sugerir al estudiante algunos elementos que pueden mejorar su comprensión de lo que implica un “trabajo” al escribir.

Comienzo con un hecho: solicitamos al estudiante un trabajo escrito para que acredite la materia. Por supuesto que no es el único requisito para ello: la asistencia a clases, la puntualidad, la participación y los exámenes también cuentan, pero no nos interesan por el momento. También es un hecho que los estudiantes acreditan sus materias presentando un escrito; esto implica que los profesores avalamos esos escritos pues con base en ellos los estudiantes acreditan las materias que impartimos. Hasta aquí todo está bien, cumplen con un requisito. Sin embargo podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que hacen los estudiantes al presentarnos un trabajo por escrito? y ¿Qué es lo que solicitamos de ellos al pedirles que escriban sobre un tema de la materia impartida?

## 1. El papel de la información

Cuando solicitamos un escrito por parte de los estudiantes queremos asegurarnos de varias cosas. Primero, que han leído los textos asignados. Podemos requerir de ellos resúmenes de los textos que abordaremos en la clase, pues así podremos exponer mejor nuestro tema; solicitamos así reportes de lectura, que pueden a veces estar formados por “fichas”. Pero lo que podemos requerir es algo más, un “trabajo” del estudiante, y esto presupone la lectura de los textos asignados, así que ni los reportes ni las fichas pueden contar como trabajos. Segundo, queremos asegurarnos que han comprendido el texto; con la lectura y la comprensión del texto queremos asegurarnos que han adquirido cierta información.

No podemos minimizar el papel de la información. El estudiante ha de estar informado si quiere presentar un trabajo. Esto nos lleva a otros aspectos. Supongamos que asignamos lecturas pues queremos que conozcan a cierto autor, o queremos que conozcan cierta corriente (de lo que sea: literaria, filosófica, artística), o ciertas obras de las llamadas "clásicas". En este caso debemos asegurarnos que las lecturas asignadas provean la información relevante al caso, que sea la más actualizada, que sea accesible al nivel escolar en que estemos trabajando, que esté disponible en las bibliotecas o en las librerías (muchas veces debemos proporcionar fotocopias cuando falla esto último, con el paulatino deterioro de los textos). La adquisición de información es el primer paso cuando queremos que escriban sobre cierto asunto. Por supuesto que esto no debe ser parte del trabajo sino un presupuesto. En la medida en que esté bien informado el alumno podrá tener una idea de lo que podrá luego escribir; por eso es fundamental el acopio de información. . No se trata de acaparar información a diestra y siniestra, pues muchas veces puede ser irrelevante para el asunto a tratar; se trata más bien de dirigir las lecturas hacia aquellos aspectos que nosotros, como profesores, queremos que conozcan. Se trata pues de una información dirigida.

El acopio de información tiene sus funciones, no se limita a acaparar información sino que fomenta el desarrollo de otras capacidades. Primero, la capacidad de comprensión. Es fundamental esto: entender mal es no entender, así que debemos asegurarnos de la comprensión de los textos asignados. Es difícil esto pues hay textos de gran complejidad y la práctica de la lectura nos ayudará mucho para resolver este problema: la lectura es toda una experiencia y también es entrenamiento, así que no hay que menospreciarla cuando queremos aprender a escribir.

La comprensión tiene muchos aspectos e involucra cierto tipo de capacidades pues requiere de procesos de análisis y síntesis por parte del estudiante. Esta capacidad puede fomentarse al asignar lecturas que aumentan gradualmente el grado de complejidad y le proporcionan al mismo tiempo nuevo vocabulario. Al comienzo será vocabulario pasivo, un vocabulario que el estudiante entiende, pero no usa; con la práctica y con ciertos ejercicios puede el estudiante convertir en activo dicho vocabulario, es decir, en integrarlo eficazmente en sus participaciones y en sus escritos (esto no debe confundirse con otro fenómeno que en apariencia se le parece: el rollo). Podemos notar que las capacidades están relacionadas unas con otras: la comprensión nos ha llevado al vocabulario activo. También nos puede llevar a la capacidad de síntesis. En efecto, cuando se recopila información el primer paso es comprenderla, pero luego debemos estar listos para transmitirla, y no con las mismas palabras, pues no tenemos que repetir textualmente lo adquirido. Por eso podemos acrecentar nuestro vocabulario cuando ofrecemos información; no solamente se acrecienta nuestro vocabulario, también entra en juego otra capacidad: la de síntesis. Cuando repetimos información sintetizamos, recordamos lo superfluo, redondeamos para que la pieza de información quede

bien presente y pueda ser utilizada. Nuestra síntesis puede involucrar otra capacidad, la de parafrasear, repetir y organizar la información con nuestras propias palabras, que serán precisamente las de nuestro vocabulario activo.

Sin embargo, no podemos calificar como trabajos aquellos en donde nos presentan la información adquirida, hasta cierto punto. Es posible que incluso aquí esas capacidades no se fomenten, entre otras causas, por la situación siguiente. Muchas veces la información puede ser adquirida por medios electrónicos: bajar de la red páginas enteras de varias fuentes y luego realizar un trabajo de corta y pega. Otras veces puede ser copiar textualmente algunas páginas y luego presentarlas como algo propio, sin mencionar las fuentes. A esto se le llama "plagio", y es importante hacer notar que no es plagio lo que queremos. Queremos que escriban por su cuenta, que aprendan a escribir. La tarea no es fácil, y el comienzo, la adquisición de información no parece estar relacionada con ella, pues se trata de leer para informarse, no para escribir. Pero hemos visto que ayudan al desarrollo de capacidades que serán importantes para la escritura. Uno de los errores más graves es escribir precisamente sobre aquello que no se ha entendido cabalmente.

## 2. Comenzando a escribir

Voy a sugerir algunas cosas al estudiante. Comienzo con algo sencillo que casi parece que no vale la pena recordarlo: la gramática. En un sentido ya la tienen pues dominan el idioma materno, ya está "interiorizada" por decirlo así. La competencia de la lengua hablada ya la tienen, pero se trata de desarrollar otra capacidad, otra competencia: la escritura. Aquí nos topamos con problemas. Uno de ellos es la creencia de que la competencia lingüística nos hace competentes para la escritura, de que plasmar las ideas en forma escrita es algo casi automático si ya se sabe hablar con cierta fluidez.

Me he topado a veces con personas que tratan de escribir como hablan. Usan los giros y expresiones de la lengua hablada pero a la hora de plasmarlos por escrito deben recurrir a ciertos trucos para hacerlo. Uno de ellos es el uso de ciertos caracteres tipográficos como los apóstrofes y otros para expresiones como "pa' qué", por ejemplo. No digo que haya que prohibir estos usos, pero recurrir a ellos requiere cierto dominio de la palabra escrita para reflejar por escrito esos giros, si el asunto lo requiere. Pues no olvidemos que se trata de cosas distintas: el habla y la escritura. Ciertamente tenemos ejemplos en la literatura, principalmente en la narrativa, donde encontramos esos giros. Pero al comenzar a escribir, y no precisamente como narradores, debemos tomar en cuenta ciertas características de la escritura. Más aún si de lo que se trata es de plasmar el desarrollo de nuestras ideas. Hay algo artificial ahí, y el buen lector se da cuenta de esto cuando lee esos escritos que tratan de reflejar la lengua hablada, pues nunca es lo mismo leer unas palabras que escucharlas.

Cuando hablamos lo hacemos correctamente la mayoría de las veces, y si no lo hacemos no es fácil detectar los errores. A veces pueden pasar por errores ciertos giros propios del habla y que se relacionan con el dialecto del

español propio de nuestro medio. Es común por ejemplo usar un verbo, “haber”, que en el habla cotidiana se conjuga, en varios lugares, como “haiga”, pero que plasmado en la lengua escrita simplemente se ve mal, igual que se ve mal una falta de ortografía incluso cuando en la lengua hablada no parezca un error. Tampoco nos preocupamos por los ritmos y las pausas cuando hablamos, pero que en la escritura requieren ser precisados mediante los signos de puntuación. Quizá no nos damos cuenta de que escribir no es lo mismo que hablar, y una de las primeras consecuencias de este olvido es precisamente el descuido al escribir. En más de una ocasión, comentando ciertos trabajos, he encontrado que los estudiantes tienen una idea clara y la pueden expresar oralmente, pero es muy diferente a lo que han escrito; el tener que “explicar” lo que quisieron decir y no pudieron desmerece su trabajo. Quien escribe no puede darse el lujo de esperar la ocasión de poder explicarle al lector “lo que quiso decir” ni mucho menos exponerse a no ser comprendido precisamente por su mala escritura.

## 2.1 El uso de la gramática

Y aquí entra mi primera recomendación: el uso de una gramática. Con esto quiero decir: tenga a la mano el estudiante una buena gramática del español donde pueda consultar, entre otras cosas, los usos de los signos de puntuación. No basta con que el estudiante tenga ya competencia lingüística; para escribir correctamente necesita un texto, una gramática del español a la mano. Parece trivial esta recomendación, no lo es. Es raro el estudiante, incluso el profesor que consulte frecuentemente la gramática, como si se tratara de una herramienta en desuso; debemos tenerla al alcance, tarde o temprano recurriremos a ella.

Quizá a estas alturas alguien pueda preguntar: ¿Para qué usar una gramática si podemos recurrir a los grandes escritores que nos enseñan cómo escribir bien? En efecto, tenemos ejemplos de escritura bien hecha, en cualquier género que escojamos: ensayo, tratado, artículo, nota periodística, cuento, novela, poesía. Bien podemos aprender de ellos sin necesidad de recurrir a la gramática; de hecho la gramática ya está plasmada, ejemplificada en los grandes escritores; y es cierto. Pero esta objeción no toca a la gramática pues de hecho esos grandes escritores la suponen, es su maestría y dominio de la gramática lo que nos impresiona, incluso cuando usan giros que casi parecen suprimirla. Cuando se respeta una regla se puede modificar, adaptar, darle nuevos usos; lo que no parece posible es comenzar precisamente ignorando la gramática. Dice Jaime Nubiola: “La primera regla de la redacción es la de mantener el orden *natural* de la oración castellana: sujeto + verbo + complemento. Luego podremos ir alterando...”.<sup>1</sup> Aleysius Martinich a su vez recalca:

---

<sup>1</sup> Cfr. su libro *El taller de la filosofía*, 2ª edición, Pamplona, EUNSA, 2002, p. 132. La cita de Martinich proviene también de ahí, p. 130.

“la mitad de la buena filosofía es buena gramática...la buena escritura filosófica es escritura gramatical”. Los grandes escritores han llegado a un estilo propio luego de mucha práctica, de muchos ejercicios constantes y disciplinados, de un trabajo casi artesanal, como en los viejos talleres. Por eso mi segunda recomendación.

## 2.2 La lectura de los clásicos

Puede parecer raro al estudiante que en un ensayo donde se pretenda ofrecer recomendaciones para escribir se recomiende la lectura. Sin embargo la recomendación no es ociosa, muestra un aspecto de la escritura, casi su imagen de espejo.<sup>2</sup> Aprender a escribir supone aprender a leer, y leer especialmente a aquellos que pueden enseñarnos algo, aquellos que han sido reconocidos por sus méritos, los clásicos de nuestra lengua. Es importante enfatizar aquí que debemos leer, si queremos aprender de ellos, a quienes han escrito en español. Es cierto que Shakespeare es un clásico, pero no de nuestra lengua; leamos también las obras que han sido concebidas en nuestro español, especialmente en aquel género que nos interesa.

A veces ocurre un fenómeno curioso: tendemos a imitar a aquellos cuya lectura nos ha impactado. Es cierto. En mis lecturas de ensayistas mexicanos he encontrado cierto eco, cierto sabor que me recuerda ciertos autores, baste mencionar a Alfonso Reyes, a Octavio Paz y a Jorge Luis Borges. Claro que hay otros, según las latitudes y los tiempos, pero eso no afecta lo que quiero decir. Las viejas generaciones podrán recordar, por ejemplo, al maestro José Pérez Martínez, mejor conocido como “Azorín”; las nuevas generaciones tendrán sus propios modelos. Esa imitación, en buena medida inconsciente, es sana; tendemos a imitar cuando comenzamos a escribir, sin darnos cabal cuenta de ello, pero a medida que seguimos escribiendo vamos adquiriendo, construyendo nuestro estilo personal. Por eso no debemos preocuparnos tanto por esa imitación que más bien es emulación, imitar para desprendernos de esa buena influencia y conquistar nuestro propio estilo.

Con lo anterior no quiero negar la importancia de los clásicos en otras lenguas. También es importante leerlos, y por más de una razón. Hay cierto ritmo en el pensamiento de algunos autores, cierto estilo de razonamiento que permanece, que sobrevive a sus traducciones. Podemos reconocer esto en aquellos escritos en una lengua emparentada con la nuestra, en las lenguas romances, y en la madre de ellas, el latín; quizá también en lenguas de otras fuentes. Es importante señalar que una buena parte de la filosofía fue escrita en latín y por autores de diversa “nacionalidad”, baste mencionar a

---

<sup>2</sup> El lector puede sacar mucho provecho del libro de Ivan Illich, *En el viñedo del texto. Etología de la lectura; un comentario al “Didascalicon” de Hugo de San Víctor*, trad. de Marta I. González, México: FCE, 2002

Alberto de Sajonia, a Guillermo de Ockham, a Pedro Hispano o a Tomás de Aquino. La filosofía, después de ellos, fue hecha en francés, inglés, alemán y español, y en otras lenguas. Buena parte, si no la mayoría de los filósofos actuales no desconocen el inglés o el alemán; varios filósofos han sentido el impacto de varios de ellos a través de traducciones, y también los estudiantes de filosofía y de otras disciplinas. Ese ritmo del pensamiento está en buena medida plasmado en la lógica, y por eso mi siguiente recomendación.

### 2.3 La lógica y la escritura

Sin duda puede parecer extraño recomendar la lógica a quien quiere aprender a escribir. La lógica, sobretodo en los dos últimos siglos, ha adoptado una forma casi matemática, simbólica. Hay quienes piensan que la lógica, tradicionalmente llamada "formal", no tiene que ver con lo que se enseña bajo el nombre de "lógica simbólica". Pero se trata de un malentendido. Si bien es cierto que la lógica en nuestros días ha sido cultivada especialmente por los matemáticos y los filósofos, y dentro de éstos por ciertos filósofos de cierta corriente denominada "analítica", la lógica no es patrimonio de ninguno de ellos. En efecto, su cultivo pertenece a la filosofía sin más, por más que actualmente tenga acercamientos, además de las matemáticas, con la lingüística, la pragmática y la retórica.

Hay un aspecto de la lógica que lo acerca a la gramática, y por eso nuestra recomendación de tenerla en cuenta a la hora de aprender a escribir. Tomemos por ejemplo la llamada "predicación", el decir algo de algo; tenemos sus correlatos gramaticales, el sujeto y el predicado de la oración, o como se denominen en las gramáticas modernas ("núcleo nominal, núcleo verbal"; "fase nominal, fase verbal", por mencionar dos nomenclaturas). Pues bien, muchas veces al comenzar a escribir tendemos a alejar los sujetos de los predicados, o comenzar una oración por los complementos del sujeto o del predicado, incluso por complementos adverbiales o del adjetivo, y si a esto añadimos la falta de pericia en el manejo de los signos de puntuación el resultado es una sola oración con muchos sujetos y predicados. A veces hablamos sin cierto control, emitimos vertiginosamente frases y oraciones, sin ton ni son. Puede llamarse a ese fenómeno "diarrea verbal", soltar lluvias de oraciones que se asemejan a chorizos verbales donde hace falta establecer cierto orden, especialmente a la hora de escribir. Ese orden consiste en poner cerca los sujetos y los predicados, y en señalar el orden de importancia de las oraciones. Aquí entra otro aspecto de la lógica y de la gramática: las conectivas que unen las oraciones. Dichas conectivas tienen importancia desde dos puntos de vista: el lógico y el gramatical, que no siempre coinciden. Tenemos, por ejemplo, las conectivas llamadas en gramática "adversativas", expresiones como "no obstante", "sin embargo", "pero" y otras que lógicamente tienen la misma función, unir oraciones. Su valor retórico es distinto de su valor lógico, y conviene tenerlas en cuenta a la hora de escribir. Hay otras expresiones con un valor estrictamente lógico, aquellas que hilan oraciones, es decir, que muestran cómo una oración

se sigue de otra o de otras. Aquí radica el núcleo de la lógica, y los estudiantes que comienzan a escribir deben tener muy en cuenta esto pues es lo que garantiza la validez de su razonamiento, el hilo y desarrollo de sus ideas al plasmarlas en la escritura. La lógica ofrece ejercicios de traducción, ejercicios que consisten en mostrar precisamente la estructura lógica de las oraciones, y en mostrar cómo una oración se sigue de otras. Estos ejercicios toman como punto de partida, y de llegada, oraciones en la lengua materna, el español en nuestro caso. El ejercicio lógico consiste en aislar la forma lógica de la oración, que puede coincidir o no con la forma gramatical, y conviene tener esto en cuenta cuando escribimos.

También la lógica puede mostrar el diálogo argumentativo entre opiniones diferentes, sobre todo cuando queremos adherirnos a una de ellas y defenderla. Los argumentos y contra-argumentos, los ataques y defensas de tesis opuestas requieren del dominio de la lógica. Podemos escribir a favor de una tesis que nos convence, o que al menos nos parece más razonable que la tesis opuesta, y estamos obligados a desarrollar los argumentos y a desanudar las objeciones contra ella. Así pues el estudiante ha de conocer la lógica, pues le servirá de mucho a la hora de escribir: para mantener el hilo de la argumentación, para precaverse de cuestiones irrelevantes, para mantener la dirección del escrito y no desviarse en vericuetos. La precisión, la consistencia y claridad y rigor argumentativo de nuestro escrito contarán mucho para lo que buscamos, convencer y persuadir a nuestros lectores; y aquí estaremos dialogando con ellos, en un nivel más complejo, pues debemos adelantarnos a sus posibles objeciones, responderlas; como lectores, atentos también a la lógica, podemos hacer patente también nuestra crítica, escribiendo precisamente sobre el asunto. Y esto es casi un milagro: podemos dialogar incluso con aquellos que ya no están físicamente presentes, pero que nos han legado su obra. Nuestra lectura y diálogo es también interpretativo, la hermenéutica no está reñida con la lógica.

Relacionado con la lógica hay otro aspecto que quiero resaltar.

#### **2.4 El estudio de las lenguas clásicas**

Esta recomendación no siempre está a la mano, pero en varias escuelas de filosofía y letras el estudio del latín y el griego está al alcance del estudiante. El estudio de la lengua latina proporciona al estudiante varias ventajas: el mejor conocimiento y dominio de la gramática española, el reconocimiento de los casos de los sustantivos, las diversas concordancias, entre otras cosas. Su dominio proporciona cierta elegancia al escribir, pues nos damos cuenta de cómo se construye una oración, sobre todo en los ejercicios de traducción; la concisión latina puede influir cuando escribimos en español y poner orden en nuestros escritos. También nos hace darnos cuenta de la riqueza de nuestro idioma y quizá también de sus carencias. No es raro notar en los escritores, sobretodo cuando escriben cuestiones filosóficas, esa influencia del latín en sus escritos. El estudiante del latín puede traducir una oración, y darse cuen-

ta de que con la práctica y el ejercicio esas traducciones mejoran. Con el tiempo algo de la elegancia y la buena retórica latina puede interiorizarse y plasmarse en la escritura en español. El estudio de los clásicos latinos es un estudio que va más allá de la gramática, involucra el estudio de las figuras retóricas, de los tropos y los giros que dan vida al idioma; no en balde se habla de alcanzar lo sublime precisamente a través de la expresión escrita. Aquí también es fundamental la realización de ejercicios, y con esto podremos entender la siguiente recomendación.

## 2.5 La corrección y la autocorrección

“Last but not least” se dice en inglés. Se trata de una expresión difícil de traducir, pero que puede parafrasearse: “por último, aunque no en importancia”. Con esto quiero enfatizar algo fundamental: debemos corregir siempre nuestros escritos. Es fácil caer en la ilusión de que todo lo que escribimos sale ya perfecto, y a veces el verlo impreso fomenta esa impresión; no debemos caer en ella. Corregir un escrito es una forma de autocrítica, y la autocrítica es fundamental para el pensamiento y la escritura crítica. Escribir críticamente quiere decir, entre otras cosas, analizar bien las cosas que hemos escritos y pulirlas, darles su mejor expresión. Esa corrección puede tomar forma comunitaria, exponer nuestros escritos a la crítica de los otros, estar abiertos a sus sugerencias; aquí el papel del profesor es fundamental, pues es a él a quien en un primer momento estará dirigido el escrito ya que se trata de escribir para acreditar una materia; también puede estar abierto a las sugerencias de los compañeros de curso. Un escrito se enriquece con las sugerencias de otros, y es una forma del trabajo filosófico. A veces los compañeros pueden ver nuestras deficiencias mejor que nosotros mismos y ayudar a corregirlas. A veces somos reacios a cortar cosas que sobran, el lastre que nos pesa tirar y que no obstante constituye una operación imprescindible. Corrijamos siempre nuestros escritos, aunque nos duela al principio esa depuración. Dice Nubiola: “los escritos son mejores o peores en función del tiempo que sus autores dedican a corregirlos”, y añade, “aunque sea doloroso, hay que tachar, eliminar párrafos enteros, masas de texto, tal como hace el escultor para que aparezca la obra de arte”.<sup>3</sup> La práctica continua, paciente, laboriosa tendrá frutos, como dice Alfonso Reyes: “Y, un día, el milagro se produce: al dejar caer el lápiz, brotan los planos exactos; al dejar caer la pluma, corren los versos bien medidos: *quicquid tentabam scribere versus erat*”.<sup>4</sup> Simone Weil dice: “Hay una manera de esperar, cuando se escribe, a que la palabra

---

<sup>3</sup> Cfr. Nubiola, *Op. Cit.* pags. 124 y 125.

<sup>4</sup> Cfr. su artículo, “La improvisación”, en Alfonso Reyes, *Textos. Una antología general*, selección de José Luis Martínez, México: SEP/UNAM, 1981, p. 36. La cita latina quiere decir: “todo lo que escribía me salía en verso”.

justa venga por sí misma a colocarse bajo la pluma, simplemente rechazando las palabras inadecuadas”.<sup>5</sup>

Conviene establecer en los colegios un curso taller donde pongamos a crítica los trabajos de los estudiantes, una labor comunitaria y crítica, y esto desde los primeros semestres. Podremos así ahorrar así a los estudiantes la frustración que supone enfrentarse a escribir una tesis sin saber escribir -y esto casi no se menciona como problema: ni los profesores admitimos que no hemos enseñado a escribir ni los estudiantes admiten que no saben, pues siempre han acreditado materias con trabajos escritos. Muchas veces presentan sus tesis con mucho trabajo y se olvidan luego de la escritura como actividad profesional que les compete, aunque lleguen a su vez a ser profesores!

### 3. La estructura de un escrito

La estructura de un escrito puede ser diversa, según nuestros fines al escribir. En todos ellos debemos tener algunos puntos de partida, los presupuestos sin los cuales no podríamos escribir. El primero de ellos ha de ser la gramática: debemos escribir gramaticalmente, con orden en la construcción de las oraciones, y esto supone también la lógica. No siempre son separables la lógica y la gramática, de hecho podemos considerar a la lógica como una gramática del pensamiento, una gramática ideal a la que debemos tender sin olvidar que, a diferencia de la gramática ordinaria, tiene sus vínculos con la realidad. En efecto, podemos tener oraciones gramaticalmente bien construidas, pero semánticamente mal formadas, como por ejemplo la oración “Pedro es un número”. La lógica tiene que ver también con la verdad y la falsedad de las oraciones de tal manera que si partimos de oraciones verdaderas y preservamos la lógica, llegaremos también a resultados verdaderos. Nuestro escrito ha de tener cierta forma, aunque sea mínima; quizá podamos expresar esto diciendo que debe tener una introducción, un desarrollo y un punto de llegada. Debemos poner las cartas sobre la mesa, y esto quiere decir, entre otras cosas, que explicitemos nuestros presupuestos. En buena medida podemos darnos cuenta de esto cuando pensamos en nuestro lector, o lectores. Ya sea que escribamos para los estudiantes o para algún profesor, algunas cosas hay que poner en claro: nuestro tema, el aspecto específico que abordamos, lo que presuponemos que conoce nuestro lector. Luego viene nuestro trabajo propiamente dicho, el desarrollo y nuestras conclusiones. Por eso dice Mercé Rodoreda: “Escribir bien es difícil. Por escribir bien entiendo decir con la máxima simplicidad las cosas esenciales”. Eugenio D´Ors afirma: “El público toma muy a menudo por *claro* lo que no es sino *fácil*, y, recíprocamente, se muestra inclinado a confundir lo *difícil* con lo *oscuro*”; y comenta Nubiola: “la oscuridad no

---

<sup>5</sup> En Nubiola, *Op. Cit.* p. 119.

tiene que ver nada con la profundidad. La oscuridad pedante me parece más bien una degradación de la profundidad causada por la pereza".<sup>6</sup>

Quizá convenga un ejercicio que muestre la importancia de los puntos de partida. Supongamos un estudiante que a mitad de la carrera debe escribir un trabajo para uno de sus profesores y al mismo tiempo ha sido invitado para hablar, fuera de la escuela, sobre cierto tema que coincide con el tema de su trabajo. Puede que su audiencia fuera de la escuela sea universitaria, pero puede que no; podría ser una charla para preparatorianos, o quizá para adultos que están aprendiendo a leer. La audiencia podría ser muy diferente, y en cada caso debe tener esto en cuenta a la hora de preparar su escrito. Los presupuestos serán distintos en cada caso, el tratamiento también lo será, pero estará escribiendo sobre lo mismo.

### 3.1 Escritos de divulgación

Supongamos que queremos escribir para dar a conocer cierta información. Hemos adquirido información por diversas vías y queremos comunicarla. Trataremos de organizar esa información de tal manera que comuniquemos lo importante de ella, en oraciones bien estructuradas, con nuestras propias palabras y, cuando esto no sea posible, citaremos como debe ser mostrando nuestras fuentes. No se trata de copiar palabras de otros sino de comunicar lo que dijo, y de la manera más elegante. En buena medida habremos de sintetizar resaltando lo más importante. Y si encontramos algunos problemas, que pueden ser de diversa índole, habrá que señalarlos: inconsistencias, huecos en su exposición, incluso posibles influencias si el caso lo amerita. Esto involucra todas nuestras lecturas y nuestro bagaje cultural, que todo esto hay que tomar en cuenta al exponer a un autor.

Este tipo de escrito nos prepara para otros un poco más complejos.

### 3.2 Escritos comparativos

Podemos ahora tratar dos o más autores respecto a cierto asunto. Exponemos sus puntos de vista y queremos compararlos, señalar las "simpatías y diferencias" entre ellos. Aquí entrará en juego nuestros puntos de vista y nuestra opinión pues tarde o temprano tendremos que tomar partido por alguno, aunque sea en una nota a pie de página si no queremos involucrarnos demasiado en el asunto; o bien podríamos escribir la defensa de alguno de ellos, y esto bien podría ser el tema de una tesis. Podemos tomar en cuenta la literatura pertinente si queremos un trabajo exhaustivo, aunque sea provisionalmente pues siempre habrá textos que vienen al caso y que no nos será posible tomar en cuenta. En todo caso debemos señalar que la interpretación de tal o cual

---

<sup>6</sup> La citas de Rodoreda y D'Ors provienen de Nubiola, pags. 89 y 111, así como el comentario.

autor nos parece la mejor, y ofrecer las razones y argumentos adecuados. Claro está que debemos tomar en consideración un asunto específico, delimitar el aspecto que vamos a tratar; pues no podremos tratar todo sobre cierto autor o problema. Esto quiere decir, entre otras cosas, que nuestro escrito debe circunscribirse a cierto ámbito, aquello que nos interesa tratar.

### 3.3 Breve digresión sobre el ensayo

El ensayo es algo complejo. A veces el punto de llegada puede coincidir con el comienzo, para iluminarlo, para verlo desde otra perspectiva que no era evidente al comienzo, como lo sugieren estos versos de Eliot,<sup>7</sup> en *Four quartets*

*We shall not cease from exploration  
And the end of all our exploring  
Will be to arrive where we started  
And know the place for the first time.*

No dejaremos de explorar  
y el final de toda nuestra exploración  
será llegar al punto de partida  
y conocer el lugar por vez primera.

Donde el punto de llegada es precisamente el comienzo, el lugar de la exploración, o indagación, o investigación, que también así se le puede llamar. Esto puede ocurrir particularmente en el ensayo, pues es el género exploratorio por excelencia. En efecto, el ensayo permite acercarse a un objeto desde ciertas perspectivas, y volver a ellas, cambiarlas, acercarse al objeto desde otras, y así sucesivamente. Algo de ensayo hay en los diálogos platónicos, pues se acerca a su objeto, las ideas, desde varios puntos de vista, desde varios “flancos”, por así decirlo. Y nunca llega, o parece que nunca llega, pero nos va acercando a una teoría, trata de establecer algo cierto aunque sólo sea para ponerlo en duda en otros diálogos, y sigue así, explorando, investigando...

No recomiendo al estudiante comenzar por el ensayo (aunque le llamemos así a lo que requerimos que escriba), pues para “ensayar” se requiere muchas horas de vuelo, lecturas, dominio de la lengua escrita. Quizá parezca nociva esta recomendación, pues muchas veces lo primero que se le pide al estudiante es precisamente un ensayo. Cuando hacemos esto suponemos que el estudiante ya sabe escribir, y no solo eso, suponemos o le hacemos creer que ya es

---

<sup>7</sup> Tomo los versos de Eliot de Roger Schmidt, *Exploring Religion*, Belmont: Wadsworth Inc., 1980, prefacio, p. xi.

un ensayista. La verdad es que ni siquiera nosotros, los profesores, podríamos calificarnos como tales. A veces llamamos "ensayo" a escribir lo que espontáneamente se nos ocurra olvidando precisamente el trabajo artesanal que constituye la escritura. El ensayo es algo complejo, como dice Liliana Weinberg, ensayar significa: "un vasto trabajo que abarca los actos de nombrar, experimentar, representar, probar, intentar, explorar, enjuiciar, criticar, interpretar, simbolizar, imaginar".<sup>8</sup> Claro que esto involucra los procesos de crítica, interpretación e imaginación que supone el ensayo propiamente dicho.

### 3.4 Consideraciones finales

Imposible tratar en un breve espacio todo lo que involucra la enseñanza de la escritura. Pero algunas consideraciones básicas se han expuesto. El papel de la lectura es fundamental para la escritura, y por eso mi énfasis en la comprensión y en el papel de la información, por no mencionar el problema hermenéutico de la interpretación; la lectura de los clásicos, el papel de la lógica y de la gramática, la autocorrección continua, son algunos de los elementos imprescindibles. En todo caso conviene siempre planificar nuestros escritos, aunque nos cueste mas trabajo.

A veces los profesores nos conformamos con que el estudiante plasme la información adquirida y eso cuenta como un trabajo. Puede parecer complejo: pedimos información, que puede ser la biografía esquematizada del autor, su época, condiciones sociales, económicas, etcétera, pero hemos visto que la información es sólo un presupuesto. Debemos tomar conciencia de que si exigimos algo, debemos primero poner los cimientos, y mostrar con el ejemplo; un buen profesor debe ser capaz de plasmar por escrito sus ideas respecto a algún asunto. No podemos quedarnos en el nivel de la información si queremos que el estudiante aprenda a escribir, y que esa actividad representa algo fundamental en su quehacer académico y en su vida. Aprender a escribir y continuar escribiendo, sobre todo en filosofía, garantiza la realización de esa actividad que se llama "filosofar". Pero es algo más: revela mucho sobre la persona que escribe, especialmente sus potencialidades -algunas ya actualizadas. Y aquí he de decir algo respecto a la actividad de un taller de escritura: muestra lo que el estudiante puede llegar a ser, como ser pensante, y debemos estar atentos a reconocer esos atisbos y fomentarlos. No podemos minimizar el papel de la corrección, pues es una forma de disciplina y autodisciplina, de trabajo comunitario en el que, bien llevado a cabo, todos salimos ganando.

Si el estudiante y el profesor toman en cuenta estos aspectos no habrá sido vano este trabajo. Podrán, sin duda, sugerir y aportar nuevas ideas que enriquezcan este escrito.

---

<sup>8</sup> Cfr. el prefacio a su compilación *Ensayo, simbolismo y campo cultural*, México: UNAM, 2003, p. xi.